

NO ANTICIPARSE AL ESPÍRITU
VARIACIONES SOBRE
EL ACOMPAÑAMIENTO ESPIRITUAL

Josep M. Rambla, s.j.

PÓRTICO	3
1. UNA VISIÓN DE CONJUNTO	4
1. «En medio, como el que sirve» (Lc 22,27)	4
2. «En vasijas de barro» (2Co 4,7)	8
2. LA TRADICIÓN IGNACIANA DEL ACOMPAÑAMIENTO ESPIRITUAL	11
1. Ignacio y el acompañamiento espiritual	11
2. Acompañamiento espiritual ignaciano	14
3. Las claves de una vida espiritual	17
4. Algunas orientaciones concretas	22
3. CONCLUSIÓN	26
APÉNDICE	27
NOTAS	30

La edición de esta obra ha contado con la ayuda del *Departament de la Vicepresidència*



Josep M. Rambla, sj. Licenciado en teología. Es autor entre otros de *Dios, la amistad y los pobres. La mística de Egide Van Broeckhoven*, Santander, Sal Terrae, 2007; así como de las ediciones al catalán de los Ejercicios Espirituales (*Exercicis Espirituals*, Barcelona, ed. Proa, 1990) y de la autobiografía de san Ignacio (*El pelegrí*, Barcelona, ed. Claret, 1991).

Edita CRISTIANISME I JUSTÍCIA • Roger de Llúria, 13 - 08010 Barcelona • Tel: 93 317 23 38 • Fax: 93 317 10 94 • info@fespinal.com • Imprime: Edicions Rondas S.L.
• ISSN: en trámite • ISBN: 84-9730-256-7 • Depósito Legal: B-44.371-2010 • Diciembre 2010

La Fundación Lluís Espinal le comunica que sus datos proceden de nuestro archivo histórico perteneciente a nuestro fichero de nombre BDGACIJ inscrito con el código 2061280639. Para ejercitar los derechos de acceso, rectificación, cancelación y oposición pueden dirigirse a la calle Roger de Llúria, 13 de Barcelona.

El interés por el acompañamiento espiritual, en formas muy variadas, es un fenómeno creciente: acompañar en el crecimiento personal, acompañar en la asistencia social o médica, acompañar en experiencias espirituales de distinto género, cristianas o no cristianas o laicas, acompañar en el duelo, etc. Las prácticas de acompañamiento abundan y se multiplican. A la vez proliferan las publicaciones teóricas y prácticas sobre este asunto.

Soy, por tanto, plenamente consciente de que no puedo aportar aquí algo nuevo a lo mucho ya escrito sobre el tema del acompañamiento y, sin embargo, estas páginas se justifican por ofrecer un conjunto de datos y reflexiones que pueden ayudar a una mayor toma de conciencia de la tarea de acompañante y a una revisión personal por parte de las personas que realizan este servicio de acompañar a otras en su camino personal. Al carácter amplio y a la vez somero de este escrito responde el subtítulo de «variaciones».

La perspectiva en que se mueve todo este cuaderno es el del acompañamiento en la vida cristiana, en el seguimiento de Cristo, pero, sin duda, mucho de lo que se dice en él puede ser de utilidad para otras prácticas de acompañamiento, siempre que se trate de ofrecer un apoyo profundamente humano. La impostación ignaciana que domina en la mayor parte de las páginas, después de una primera parte más general, es no sólo fidelidad al objetivo de la colección «Ayudar» de EIDES-CJ, sino también fruto de la convicción de que una de las más destacadas aportaciones de Ignacio a la tradición espiritual ha sido la del arte de la mistagogía y del acompañamiento espiritual.

1. UNA VISIÓN DE CONJUNTO¹

El acompañamiento espiritual, sea cual sea la manera de entenderlo, tiene que ver con lo más íntimo, personal e inviolable de las personas. Quien desempeña la tarea de acompañante sólo puede hacerlo desde la absoluta modestia de sentir que se le permite la entrada; desde la humildad de quien sabe que se le invita a participar, y sólo como acompañante, en el camino del Espíritu que recorre la persona acompañada.

1. «EN MEDIO, COMO EL QUE SIRVE» (Lc 22,27)

Como se trata de participar en la obra del Espíritu, todo acompañante ha de avanzar con profundo respeto, como de puntillas, sabiendo que se mueve en tierra sagrada. Será sobre todo testigo que reconoce la acción de Dios y ayuda a distinguirla de la que sólo lo es en apariencia. Además, su actitud será a menudo de admiración y adoración ante Aquél que siempre y en todo tiene la iniciativa y nos desborda absolutamente.

Trataré ahora de recoger lo que creo más elemental y fundamental sobre el tema.

1.1. Acompañamientos

La palabra «acompañamiento» cubre corrientemente contenidos un tanto distintos. Todos pueden encerrarse dentro del concepto de acompañamiento «pastoral». Sin embargo, primero se realiza cuando alguien inicia el camino de una vida cristiana consciente y profunda; luego, cuando pasa a una experiencia espiritual personal, una experiencia de Dios más honda o cuando se entrega a la búsqueda de la orientación de su futuro y a realizar una opción de vida; finalmente, una situación distinta es la de la persona que, una vez

hecha la opción de vida, trata de mantener un ritmo exigente de seguimiento de Cristo. De aquí que, dentro del convencionalismo que supone reducir a un esquema una realidad viva, podríamos distinguir un acompañamiento *formativo*, uno de *iniciación espiritual*, y otro de *seguimiento* (o de vida cristiana adulta). Es importante tener conciencia de esta diversidad de acompañamientos, con la plena conciencia de que las personas necesitadas de él no se hallan en un estado de vida cristiana determinado químicamente puro.

Sin embargo es del todo cierto que en la práctica no es posible realizar un acompañamiento espiritual si no se han dado ya los pasos de una vida cristiana relativamente adulta y personal, que requiere su propio modo de acompañamiento pastoral. Esta vida cristiana se caracteriza, creo yo, por los siguientes cuatro rasgos: La práctica (dentro de los límites de la fragilidad humana) de un estilo de vida personal evangélico (en el trabajo o estudio, en el uso del dinero, en las relaciones familiares y humanas en general, en la fidelidad a la oración personal, en el modo de hacer frente a situaciones particulares como el paro, etc.). La dimensión social, que ha de desarrollarse a la par que la vida cristiana personal. Porque ésta es una vida en Cristo, «hombre para los demás». Estas dos facetas de la vida cristiana crecen a partir de un progreso en la interiorización del evangelio, de modo que éste sea cada vez menos algo recibido y aprendido y algo más asumido y experimentado. La experiencia de oración personal y un grado de formación bíblica y teológica, acorde con la formación humana de la persona, forman parte de esta interioriza-

ción de la fe imprescindible. Finalmente, la referencia comunitaria (participación en una parroquia, comunidad, movimiento apostólico, etc.), es importante para que la vida personal se exprese eclesialmente y sea contextualizada, interpretada e interpe-lada comunitariamente.

En esta etapa formativa, el acompañamiento puede diferir sensiblemente del practicado en otras situaciones. Al acompañante le compete, más que en fases más avanzadas, aportar elementos formativos de los cuales, por hipótesis, carece la persona acompañada. También, supuesto el carácter educativo de este período, la intervención puede ser más directiva que en otras ocasiones. Además, el acompañamiento puede realizarse parcialmente en grupo, sin necesidad de ceñirse al diálogo individual.

1.2. Acompañamiento espiritual²

1.2.1. Punto de partida: el nivel espiritual

Según lo que se acaba de exponer, el acompañamiento espiritual propiamente dicho supone que la persona acompañada vive ya una experiencia personal de Dios. Es decir, ha conseguido llevar una vida cristiana regida por la luz y la fuerza interior del Espíritu. Con sus dificultades, es claro, ha pasado ya por un período más o menos largo de formación, en el que se han asentado las bases de una vida cristiana personal con un cierto grado de experiencia del Espíritu. En el caso, pues, de que la persona que solicita el acompañamiento no ha llegado a esta experiencia espiritual, la primera tarea del acompañante ha de ser ayudarle (por sí o por otra persona) a adquirirla.

El acompañamiento espiritual, pues, se diferencia de otras formas de diálogo pastoral en que no se mueve en el plano de las orientaciones o consejos morales, sino en el de la experiencia del Espíritu y el del reconocimiento de su acción. Es decir, la tarea se centra en ayudar a la persona acompañada a objetivar lo que vive, a ver las sendas por donde se ha de mover y conocer los medios que puede emplear. Por tanto, la comunicación versará sobre aquellas vivencias o resonancias interiores («pensamientos» y «mociones» de que habla la antigua tradición cristiana) que conviene descifrar para reconocer las sendas del Espíritu y las posibles desviaciones. El acompañante, pues, no ha de ofrecer el parecer sobre dudas que se plantean en la vida o en la acción, ni enseñar, planificar o exhortar, sino colaborar a que la vida de Dios vaya fluyendo en la persona acompañada y vaya fecundándola. Precisamente por este carácter objetivador dentro del caminar corriente, el acompañamiento espiritual pide cierta regularidad (aunque no necesariamente una gran frecuencia) de encuentros de diálogo.

Y, cuando hablamos de vida espiritual y de espiritualidad, no se ha de olvidar que nos referimos a toda la vida de la persona. Todo el campo de acción del Espíritu es «espiritual»: vida individual y colectiva, vida interior y relaciones con la sociedad, asuntos explícitamente relacionados con la fe (oración, sacramentos, virtudes, etc.) y asuntos profanos (economía, cultura, política, etc.). Por consiguiente, el acompañamiento no ha de circunscribirse al campo de la vida interior, sino que ha de extenderse a todas aquellas zonas de la vida que son dominio del Espíritu de Jesús. Éste fue conducido por el Espíritu

a la oración y a la liberación de los oprimidos, a la convivencia pacífica y al enfrentamiento, incluso a la tentación.

1.2.2. Diálogo

El medio propio del acompañamiento es el diálogo y a él hay que prestar una exquisita atención. El diálogo de acompañamiento parte de una alianza previa. La persona que busca el acompañamiento espiritual tiene el deseo de crecer en una relación profunda con el Señor, una vida en el Espíritu. Quien acepta colaborar en su acompañamiento hace una alianza con este deseo y así se establece entre las dos partes un pacto de trabajo para colaborar en el cumplimiento del deseo.

Para emprender la colaboración del acompañamiento se impone la confianza recíproca. Según una orientación ignaciana en sus Ejercicios Espirituales (que son una experiencia de diálogo espiritual) esta confianza consiste en la tendencia a interpretar siempre bien lo que la otra persona dice o manifiesta. Cuando una interpretación en buen sentido no es posible, antes de rectificarla (menos aún, condenarla), conviene preguntar cómo entiende la otra persona lo que ha manifestado. Con esto sólo, a buen seguro que la mayor parte de malentendidos se eliminan. Sin embargo, si todavía no se disipa el malentendido, o quizá aparece un claro error, entonces es el momento de entrar en un diálogo más a fondo. Esta actitud, naturalmente, es recíproca.

Debajo de este comportamiento está la actitud básica de la acogida, que evita el tono moralizante (aún para justificar o pacificar a la persona acompañada) y que se expresa en la escucha receptiva. El acompañante, como el amigo retratado por

Saint-Exupéry, es «el que no juzga nunca». Cuestión, más que de palabras, de mirada, de gesto, en definitiva, de una actitud personal global que de algún modo refleja el amor acogedor de Dios. Esta acogida de la persona tiene, evidentemente, un claro parentesco con la empatía y con su fuerza liberadora.

El diálogo no dejará de suministrar referencias amplias y recursos para escuchar e interpretar mejor la acción del Espíritu, pero siempre se mantendrá en un profundo respeto a la libertad, sin interferir en las decisiones personales. La función de acompañante es valiosa y eficaz, pero ceñida al campo de la iluminación de los caminos por donde avanzar y en el de los recursos con que ayudarse. Este equilibrio de una colaboración que no cae en el intervencionismo es sabiduría espiritual finísima, pero elemental. El acompañante es imprescindible sin resultar esencial, ya que la única acción esencial es la del Espíritu a la que sólo ha de responder la libertad de la persona acompañada.

Un servicio muy propio del diálogo espiritual es ayudar a desenmascarar los engaños que, a medida que se progresa en el seguimiento de Cristo, se presentan de forma muy encubierta («debajo de especie de bien»). Tampoco aquí el acompañante ha de anticiparse en el juicio, pero puede y debe ayudar mediante preguntas sencillas o remitiendo a una lectura atenta del proceso espiritual o con la proposición de algunas puntos de oración. Siem-

pre su colaboración es muy modesta, pero puede ser decisiva. Más que un adoctrinamiento farragoso, la sobria oferta de orientaciones para el discernimiento al hilo de la historia espiritual de la persona acompañada es lo más válido y eficaz.

1.2.3. «Escoger la vida»

Hay un momento de particular delicadeza e intensidad espiritual, el de elegir un estado de vida. Tiempo privilegiado dentro del curso de una vida cristiana de cierta madurez. Todo lo dicho sobre la necesidad de ofrecer ayudas o recursos sin interferir en la decisión tiene aquí especial importancia. «Escoger la vida» no es en efecto «tomar» algo exterior a uno mismo, sino reconocer el sentido profundo de la propia existencia (es decir, la acción del Espíritu en la propia vida) y asumirla libremente. ¿Quién puede reconocer esta acción sino la misma persona afectada? Y, evidentemente, nadie puede sustituir a esta persona en la libre determinación de seguir un camino u otro. Sin embargo, en este momento de tanta trascendencia («parto» lo llamaron algunos autores antiguos), la información sobre el objeto u objetos de elección y las ayudas para la oración, para el discernimiento de los movimientos y pensamientos espirituales y la elección es de todo punto imprescindible. Desarrollar aquí las características de esta ayuda pide un tratamiento largo que no tiene lugar en esta somera exposición³.

2. «EN VASIJAS DE BARRO» (2Co 4,7)

Un acompañante no está ordinariamente capacitado para ejercer su servicio sin un adiestramiento previo. Y, luego, no está ya inmune de peligros en la forma de practicarlos. Se le impone, pues, una preparación conveniente y una habitual revisión y puesta al día. Aquí indico sólo algunos capítulos que merecen atención.

2.1. Experiencia espiritual, experiencia de vida

La sabiduría del acompañante no es un depósito estancado, sino una vida transformada en lucidez. Sólo si vive una verdadera experiencia de Dios podrá sintonizar con el movimiento del Espíritu en el acompañado. Los conocimientos teológicos y, en particular, de teología espiritual son imprescindibles, pero todo ello es insuficiente si la persona que acompaña es espiritualmente a otra no mantiene viva aquella sensibilidad espiritual que es síntoma de madurez cristiana (cf. Heb 5, 14). No se trata de que el acompañante alcance unos niveles muy altos de experiencia de Dios (ni tampoco que se eleve más arriba que el acompañado), sino de que en su limitada condición viva el encuentro con Dios en las distintas circunstancias de la vida. Con esto se indica ya que ha de ser persona de experiencia de vida.

Supuesto que el acompañamiento ha de estar abierto a la gran variedad de situaciones personales y a la inagotable creatividad del Espíritu, todo acompañante ha de vivir la experiencia de Dios no sólo en la oración, sino también en otras zonas

de la vida (sacerdotal, religiosa, familiar, profesional, social, etc. y, particularmente, en el contacto con la realidad de la pobreza y del sufrimiento). Es decir, ha de tener la capacidad de percibir desde dentro la acción del Espíritu que no sólo mueve en la plegaria. De lo contrario nos hallamos ante el riesgo (que a menudo ha deteriorado la «dirección espiritual») de reducir la acción de Dios y, consiguientemente el acompañamiento, a un mundo alienado o alienante. Por lo mismo, es de gran importancia el que el ministerio del acompañamiento sea ejercido cada vez más (como ya va ocurriendo en algunas partes) no sólo por sacerdotes, sino también por seglares y más en concreto por mujeres.

2.2. La oración del acompañante

El acompañamiento, servicio eminentemente espiritual, se apoya en gran parte en la oración. Efectivamente, en pocas actividades apostólicas una persona es tan claramente mediación de la acción de Dios como en ésta. Comunió con Dios y comunió con el acompañado son los dos polos de esta oración de intercesión: ponerse ante Dios y ante la persona acompañada, pedir por ella y por uno mismo y, en abandono total de uno mismo (es decir, de las maneras de ver propias y de los intereses personales), dejar que Dios vaya transformando el propio corazón. De este modo, uno va haciéndose cada vez más dócil y transparente a la acción del Espíritu, de modo que sea Él solo quien va-

ya comunicándose a través del acompañamiento. Gran parte de las cualidades esenciales del diálogo espiritual (acogida, respeto, equilibrio, mediación y el amor que todo lo vitaliza) tienen su raíz en esta oración habitual por la persona acompañada.

La práctica del *examen* completa la oración de intercesión. El examen, es decir, mirada de fe a las personas acompañadas y acogida llena de gratitud del don de Dios a ellas. En este clima eucarístico, el acompañante va ensanchando el horizonte de su servicio y, a la vez, siente en su corazón las interpelaciones que le conducen a una forma de realizarlo cada vez más fiel al Espíritu.

2.3. También la Psicología

La experiencia del Espíritu no es algo flotante en las personas, sino que acontece en ellas tal como son, es decir con su dimensión psicológica, diferenciable de la dimensión espiritual, pero íntimamente unida a ella. Olvidarlo sería ignorar la enseñanza de los mejores guías espirituales del cristianismo, expertos conocedores de la psicología humana, de cuyo conocimiento (ciertamente precientífico, pero de gran solidez) se sirvieron en su ayuda espiritual⁴.

La primera preparación psicológica de un acompañante es haber pasado él mismo por el itinerario de una experiencia espiritual humanamente madura y haber concienciado esta misma experiencia. En efecto, dado que la experiencia espiritual es también una experiencia humana, haberla vivido bajo un buen guía y haberla reflexionado es un adiestramiento notable

en el conocimiento del psiquismo humano y sus implicaciones en la vida espiritual. El paralelismo con la preparación de un psicoanalista, que ha de haber pasado personalmente por el análisis, es iluminador. No es, pues, acompañante apta la persona sin experiencia personal espiritual honda, madura, y con una reflexión objetivadora del propio proceso personal.

Sin embargo esto no basta. Tanto la experiencia religiosa como el diálogo, elementos esenciales del acompañamiento, piden un mínimo de conocimientos psicológicos para no perderse en los escollos que a menudo encierran. *Un poco* para saber lo que hay que hacer y *mucho* para saber lo que no hay que hacer. Las imágenes de Dios, la oración, los afectos, el deseo y los deseos, los imperativos morales, etc. son terrenos en los que la sabiduría psicológica tiene mucho que decir. Lo mismo por lo que se refiere al diálogo: la transferencia, las posibles dependencias entre acompañante y acompañado, las también posibles proyecciones del acompañante⁵, etc. Esto por lo que se refiere a situaciones normales y corrientes. Además, como un acompañante también se encuentra a veces con personas que padecen algunas anomalías o patologías, debe estar preparado e informado para remitirlas a quien pueda ayudarlas a hacer frente a su problema, sin entrar él mismo en el campo terapéutico.

2.4. Acompañante acompañado

Parece de sentido común, y es cosa aconsejada por los grandes maestros, la necesidad de conferir o contrastar con una persona más experimentada la forma de

realizar el servicio de ayuda. Sobre todo a los comienzos. Sin embargo, no sólo al principio, pues la evolución cultural y el dinamismo del Espíritu siempre llevan hacia la novedad y desbordan la sabiduría y experiencia adquiridas en un tiempo determinado.

Además, no basta con conferir con otra persona la forma de practicar el acompañamiento. La supervisión del acompañante debería extenderse más entre nosotros, ya que la forma como la persona que acompaña vive su servicio repercute obviamente en bien o en mal del acompañado. Necesidad que viene acentuada por el hecho de que el acompañamiento vuelve a emerger con fuerza en la Iglesia y las situaciones, tanto de acompañantes como de acompañados, son multiformes.

2.5. Hacerse prescindible

El acompañamiento es de algún modo una ayuda permanente en la vida cristiana, aun en épocas de madurez espiritual. Sin embargo, el acompañante ha de conducir a la persona acompañada hacia una autonomía tal que le permita valerse sólo de la «discreta caridad», es decir, del amor penetrado de discernimiento. El acompañado necesitará todavía de un apoyo objetivador, pero la tendencia del acompañante a desaparecer evitará que el acompañamiento degenera en una situación de dependencia permanente. El lema de todo acompañante debería, pues, ser aquel ignaciano «no anticiparse al Espíritu, sino seguirle». Y el Espíritu es el que, mediante su «unción», lleva a la madurez cristiana hasta el punto de que «no necesitáis que nadie os enseñe» (1Jn 2, 27).

2. LA TRADICIÓN IGNACIANA DEL ACOMPAÑAMIENTO ESPIRITUAL

En un estudio ya clásico, Heinrich Bacht sostenía que si los Ejercicios Espirituales y las Constituciones de la Compañía de Jesús no producían siempre el fruto esperado era porque se desconocía su arraigo en la tradición monástica primitiva. Y, refiriéndose a los Ejercicios decía: «Ignacio resumió en un compendio todas las cosas sustanciales que en el antiguo monacato el padre espiritual comunicaba a sus discípulos a lo largo de años de instrucción activa»⁶.

Más recientemente, T. Spidlik presentaba a Ignacio de Loyola como un reflejo de la pedagogía espiritual de los Padres del desierto. En efecto, destacaba que en él se dan las cualidades del padre espiritual: teología o experiencia de Dios, discernimiento de espíritus, conocimiento del corazón humano y capacidad para transmitir la palabra adecuada⁷.

1. IGNACIO Y EL ACOMPAÑAMIENTO ESPIRITUAL

Hoy no nos resulta sorprendente relacionar los Ejercicios de san Ignacio con la tradición espiritual de los antiguos Padres del desierto, pero no se tiene tanto en cuenta el hecho de que toda la obra ignaciana está impregnada de esta sabiduría y, por tanto, encierra una gran sabiduría de acompañamiento espiritual. La misma relación autoridad y obediencia, que es una característica esencial de la espiritualidad

de la Compañía de Jesús y de una gran exigencia espiritual, está informada por las cualidades del acompañamiento espiritual. Es inconcebible el ejercicio de la autoridad en la Compañía sin la cuenta de conciencia, que ha resistido y superado todos los escollos del Derecho Canónico⁸, y que es una práctica de acompañamiento espiritual con el objetivo de la misión apostólica. El ya citado T. Spidlick de-

muestra que Ignacio mantiene en la relación autoridad-obediencia de la Compañía de Jesús la sustancia de la paternidad y filiación espiritual. Así se comprende cómo se ha de llegar a la obediencia de juicio y también se justifican las exigencias espirituales que comporta el ejercicio de la autoridad religiosa. Podemos, pues, afirmar que el acompañamiento espiritual tiene una verdadera centralidad en la espiritualidad ignaciana.

1.1. Acompañamiento ignaciano: visión de conjunto

A grandes líneas, la posición ignaciana respecto del acompañamiento sigue estos momentos importantes.

1.1.1. Acompañamiento de iniciación

Las conversaciones iniciales en Manresa y en Barcelona, pero sobre todo, aquellos ejercicios sencillos que daba en Alcalá y que quedaron tipificados en la anotación 18ª de los Ejercicios eran una forma de acompañamiento, en que no sólo se ayudaba a pasar de una vida de pecado, cuando era el caso, a una vida de mayor fidelidad al Señor, sino que eran verdadera iniciación a la experiencia espiritual, con un acompañamiento más bien de grupo, pero personalizado. Examinar la conciencia, modos de orar, «el servicio de Dios» o la orientación de toda la vida hacia el Señor.

1.1.2. Acompañamiento de Ejercicios Espirituales

Aunque lo descrito en el párrafo anterior ya son propiamente Ejercicios ignacianos,

puesto que se proponen en el mismo libro de los Ejercicios, con todo en un sentido más estricto son Ejercicios los propuestos en la anotación 20ª y también los de la anotación 19ª, cuando abarcan la experiencia del mes entero. Aquí el acompañamiento se refiere a la ayuda para realizar una experiencia absolutamente personal de Dios, con todas las características expuestas con detalle en las anotaciones de los Ejercicios, tanto las iniciales [1-20] como las esparcidas a lo largo del libro.

Aunque las orientaciones espirituales de los Ejercicios son para la realización de esta experiencia concreta, sin embargo contienen todos los elementos del acompañamiento espiritual que pueden aplicarse a las distintas situaciones en que pueda hallarse una persona que solicita el acompañamiento: iniciación a la oración, instrucción sobre el modo de haberse en el curso de una experiencia personal de Dios a lo largo de todo un día, propuesta de puntos para orar, indicaciones sobre el discernimiento de mociones y pensamientos, instrucción sobre el modo de servirse de las cosas necesarias o convenientes de la vida (reglas para ordenarse en el comer), orientaciones sobre la forma cristiana de administrar nuestras posibilidades de servicio o de solidaridad con los demás (reglas para distribuir limosnas), la manera de vivir la fe eclesial (reglas para el sentido verdadero en la Iglesia), cómo tomar decisiones verdaderamente evangélicas o dar forma a la propia vida o estado de manera cristiana. Además también indican la forma de relacionarse el acompañante y el acompañado en orden a que se realice convenientemente la experiencia de Dios.

1.1.3. Acompañamiento en la formación cristiana

La pedagogía de Ignacio, que tuvo un extraordinario maestro, según nos dice él en la Autobiografía [n 27], no ignora que una persona en 30 días no puede adquirir toda la sabiduría espiritual práctica necesaria para una vida de progreso en el seguimiento de Cristo y, además, necesita una instrucción para ir respondiendo de manera concreta a las situaciones que su vida o estado le plantean.

Por esto, Ignacio, no sólo pensando en los jesuitas que se hallan en formación, sino en cualquier persona cristiana que se halla metida realmente en el vaivén de su propia vida, propone un acompañamiento de instrucción y de formación proporcionado a su situación. Por esto, él mismo piensa que no sólo hay que instruir, sino también repetir o recordar⁹.

1.1.4. El acompañamiento en la vida madura de seguimiento

Lo que Ignacio piensa de los jesuitas formados, que «serán personas espirituales», puede también extrapolarse a personas que viven una cierta madurez cristiana. Éstas se guiarán por la «caridad discreta», lo cual significa que su amor lleno ya de discernimiento (cf. Fil 1,9-10) les iluminará y conducirá en las decisiones personales de su propia vida.

Sin embargo, Ignacio no elimina del todo la necesidad de un acompañamiento conveniente: el confesor o padre espiritual, o el superior para el jesuita, han de ser personas con quienes contrastar lo que el Espíritu que nos conduce parece sugerirle¹⁰.

1.1.5. ¿Cesa el acompañamiento?

Uno puede preguntarse si el acompañamiento ha de cesar o, al menos, puede cesar en algún momento o etapa de la vida espiritual. Creo que es preciso afirmar que el acompañamiento espiritual es una necesidad importante en el camino de la vida espiritual, como exigencia de la comunión en la fe, como luz y apoyo en las oscuridades, engaños y fragilidades personales. Sin embargo, no parece que, según Ignacio sea algo absoluto e imprescindible en todo momento de la vida sino que se trata de una «necesidad relativa» y que tiene tendencia a disminuir con los años en el camino de la vida espiritual¹¹.

1.2. Conclusión

Partiendo de lo expuesto más arriba, creo que en el acompañamiento, Ignacio también distinguió prácticamente, un acompañamiento de iniciación espiritual, un acompañamiento propiamente mistagógico, un acompañamiento formativo y un acompañamiento en la vida de una persona cristiana adulta. Supuesto que los primeros tipos de acompañamiento expuestos se refieren a distintas maneras de dar y hacer ejercicios espirituales¹², me ceñiré en mi exposición al acompañamiento formativo y al que se realiza como apoyo a una vida cristiana adulta plenamente en marcha. Sin embargo, no haré distinciones en un campo en el que no caben las separaciones casi anatómicas de una vida que está regida por el Espíritu y en la que no hay acompañados en general, sino creyentes concretos, situados en contextos muy variados¹³. Y, como en Ejercicios Ignacio sostenía que había jesuitas más

aptos para darlos completos y otros más preparados para dar los de primera semana, también, por lo que se refiere al acompañamiento espiritual, hemos de suponer que «un guía espiritual no está dotado necesariamente para todo tipo de personas, ni para todas las fases de la vida espiritual»¹⁴.

Este ministerio o servicio apostólico, lo coloca Jerónimo Nadal como el prime-

ro y más eficaz entre los servicios de la Palabra¹⁵. Y, de tal manera la sabiduría del acompañamiento está presente en la experiencia de la persona que ha realizado los Ejercicios, que dicha sabiduría informa todas sus formas de diálogo pastoral. Así lo exponía ya Luís de la Palma en su comentario de los Ejercicios, cuando se refiere a los que dan ejercicios *aún cuando no los dan*¹⁶.

2. ACOMPAÑAMIENTO ESPIRITUAL IGNACIANO

Primer principio: la iniciativa de la vida espiritual la tiene el Espíritu Santo y la primacía en la vida de cada uno la tiene el amor.

2.1. La iniciativa del Espíritu

En cuanto al papel del Espíritu en la vida espiritual, aparte de que es obvio que Ignacio le da la primacía absoluta, hay una serie de expresiones explícitas del santo sobre ello. Cuando en el proemio de las Constituciones quiere justificar la conveniencia de escribirlas, empieza poniendo de relieve el carácter absoluto de la acción del Espíritu: para que se realice el proyecto de Dios en nuestras vidas, más que Constituciones, imprescindibles, «la interior ley de la caridad y amor que el Espíritu santo escribe e imprime en los corazones ha de ayudar para ello»¹⁷.

En otro momento en que habla de las orientaciones que se han de proponer a los jesuitas que están en formación para que

aprendan el modo de una relación apostólica con las personas tan variadas con quienes deberán encontrarse y tratar, cree que es muy importante «la prudencia que Dios nuestro Señor comunica a los que en la divina Majestad confían» e incluso sirven «algunos avisos», pero esta sabiduría práctica de las relaciones y comportamiento apostólico, «sola la unción del Espíritu Santo pueda enseñarlo»¹⁸.

Y, cuando un cristiano ha de someterse a algunas determinaciones u orientaciones eclesiales, lo hace «porque por el mismo Espíritu Señor nuestro, que dio los diez Mandamientos es regida y gobernada nuestra santa madre Iglesia»¹⁹.

Por tanto, aunque Ignacio distingue claramente la actitud que ha de tener el acompañante espiritual en Ejercicios o fuera de ellos, ya que en esta circunstancia puede dar algunos consejos que ha de evitar durante los Ejercicios²⁰, siempre ha de ser de modo que, como él mismo practicaba, al decir de Jerónimo Nadal, «no se

anticipe al Espíritu, sino que lo siga»²¹. De aquí, que la primera cualidad de la persona que realiza el acompañamiento es que sea verdaderamente «espiritual», es decir, que en su vida haya experimentado y discernido la acción del Espíritu y haya adquirido un cierto grado de connaturalidad con su acción. Esta cualidad o exigencia es repetida por todos los tratadistas del acompañamiento espiritual.

2.1.1. *El Espíritu llena el universo...*

Conviene con todo dejar bien claro que la acción del Espíritu no se ciñe al campo de la experiencia exclusivamente interior o al mundo o sector de determinadas acciones que solemos llamar «espirituales», porque el Espíritu que «llena el universo» (según recitamos en la antigua liturgia) no se cierra a determinados ámbitos en su acción, sino que la extiende a lo corporal y a lo material, a lo individual y a lo comunitario, a lo eclesial y a lo social y político. Esto es más importante hoy, ya que la vida cristiana está inmersa en una red inmensa de situaciones y relaciones y en una sociedad especialmente secular, en la cual, sin embargo, el Espíritu de Dios no está ausente.

Recordemos como definía Pedro Arrupe a la persona espiritual: «Este es el *homo spiritualis* que, porque es capaz de amor, incluso a los enemigos en este mundo malo, es también capaz de transformar el mundo; y, porque tiene el carisma del discernimiento, es capaz de descubrir y de sumarse activamente al dinamismo más profundo y eficaz de la historia, aquel que la empuja hacia la construcción, ya iniciada, del Reino de Dios»²².

Por esto, una de las características contemporáneas más destacadas del acom-

pañamiento espiritual, «el acento tal vez más importante» es «la integración de todas las dimensiones de la existencia en una auténtica vida según el Espíritu» y, en este punto, la espiritualidad ignaciana ha tenido un influjo decisivo²³.

2.1.2. *Algunas consecuencias prácticas*

- Ayudar a la persona acompañada a escuchar y descifrar las mociones o sentimientos espirituales. Evitar convertir el acompañamiento en consejo moral.
- No dar respuestas a los problemas o cuestiones, sino ofrecer recursos para la tarea personal de la persona acompañada.
- Ir al fondo de lo que se dice, captar el significado de palabras y reacciones.

2.2. El amor informa la vida espiritual

En cuanto a la primacía del amor es cosa también obvia, pero no siempre tenida en cuenta en la práctica del acompañamiento. Demasiado a menudo se calibra la vida espiritual por la cualidad de los actos realizados (oración, sacramentos, piedad) o por los sentimientos espirituales de consolación o desolación.

Es, pues, el amor el que determina la calidad de lo que hacemos y convierte en espiritual cualquiera de nuestras actividades. Esto es sabido, pero en la práctica se olvida cuando la persona acompañante insiste en la práctica de la oración y no tanto en la purificación del corazón o cuando valora en exceso la consolación espiritual e ignora en la práctica la riqueza

za espiritual que conlleva un prolongado tiempo tranquilo o incluso la desolación si uno sabe no solamente sentirla, sino conocerla y reaccionar adecuadamente²⁴.

Todo el proceso de los Ejercicios, que consiste en liberar el amor que nos habita por el Espíritu derramado en nuestros corazones (cf. Rm 5,5), es un itinerario espiritual, una larga experiencia, para que nos mueva el amor «que descende de arriba del amor de Dios»²⁵. Al final de la larga experiencia, el ejercitante puede salir con la disposición de vivirlo todo en el amor: «en todo amar y servir a su divina majestad»²⁶.

Todo lo que precede no pretende decir cómo en cada caso concreto se ha de comportar el acompañante y mucho menos qué tipo de palabras ha de transmitir a la persona acompañada. Lo que pretendo es destacar cuál ha de ser el horizonte y el implícito que ha de tener la persona que acompaña y desde el cual ha de ir precisando las concreciones, a menudo muy sencillas, que en ningún modo han de ser de un pragmatismo de bajos vuelos, poco acordes con la sabiduría evangélica. Y, en cualquier caso, dado que el acompañamiento espiritual no es una profesión o destreza puramente humana, es obvio que el acompañante ha de ser persona de una seria experiencia espiritual. La cualidad del padre espiritual, tal como se concebía en los primeros siglos del cristianismo, como he recordado más arriba con Spidlik, indica cómo ha de ser el verdadero o verdadera acompañante.

2.2.1. El acompañamiento, experiencia de amor

Aunque no entro en la forma de realizar el acompañamiento, sí que conviene po-

ner de relieve que, de acuerdo con lo que precede, el Espíritu y el amor dirigen la vida espiritual, por tanto el ejercicio del acompañamiento ha de ser ejercicio de amor. El conocido presupuesto de los Ejercicios [22], ya deja bien asentado cómo la relación de la persona que acompaña y la acompañada han de regirse por el amor, que es transparencia y confianza.

Esta relación amorosa, no sólo tendrá su origen en un impulso de afecto hacia la persona acompañada, sino que guiará al acompañante para buscar lo mejor, poniendo todo el esfuerzo requerido para ello, y le acompañará también con la oración, ya que se trata de una experiencia propiamente espiritual y no simplemente «profesional». C. J. Jung, en una conferencia de pastoral, destacaba la importancia que tiene en la relación pastoral el amor, la comprensión y la empatía. Y P. van Breemen, en línea con el pensamiento de Jung, dice que «el acompañamiento debe transmitir algo del amor de Dios»²⁷.

Las palabras con que Pablo VI describió la naturaleza del diálogo, expresan bien la relación de amor que ha de informar el diálogo del acompañamiento: «Daremos a este impulso interior de caridad que tiende a hacerse don exterior de caridad, el nombre ya común de diálogo»²⁸.

2.2.2. Algunas consecuencias prácticas

- Poner el acento de la vida espiritual en la vida teológica.
- Centrar la oración en la relación de amor, no tanto en la reflexión o en la revisión de vida, teniendo en cuenta que el amor es siempre práctico.

– El amor teologal une el amor a Dios y a los hermanos. Los amamos con el mismo amor... Esto debe vivirse en la relación entre acompañante y per-

sona acompañada, pero también en todo tipo de relaciones humanas, en el apostolado, en la acción social, etc.

3. LAS CLAVES DE UNA VIDA ESPIRITUAL

Expuesta ya la importancia capital del Espíritu como verdadero conductor de la vida de la persona acompañada y del amor como alma de la vida espiritual, pasemos ahora a examinar los rasgos más fundamentales de la tarea espiritual que todo acompañante ha de tener muy en cuenta.

3.1. La intención recta

El Principio y Fundamento de los Ejercicios sigue siendo el principio y fundamento de la vida cristiana de cada día, porque hay que mantener habitualmente la orientación hacia Dios de la propia vocación. Esto es fuente de paz profunda, puesto que uno no ha de andar mirando a derecha y a izquierda pensando que otra forma de vida es mejor. Cada uno ha de vivir la fidelidad a Dios en la fidelidad a su propia vocación o el «estado de su vida». De aquí la importancia de una elección de vida bien realizada, que será la garantía de una vida bien orientada hacia el reino de Dios y fuente de paz y gozo profundos. La estabilidad en su propio estado es algo que Ignacio valora sumamente y no permitirá que un jesuita pase a otra orden o al revés no admitirá en la Compañía

ninguna persona que haya entrado en otra orden religiosa, siempre dentro de una norma general que deja la puerta abierta a las posibles excepciones.

Pero la intención recta se ha de tener «en todas cosas particulares»²⁹. Todas las «intenciones, acciones y operaciones», según los Ejercicios. Aquí se halla un punto de gran importancia ya que uno puede vivir con toda fidelidad dentro de su vocación y estado propio, pero puede desviarse de lo que es la voluntad de Dios en lo más concreto y particular de las opciones distintas, de las orientaciones de la vida privada o de la acción profesional, apostólica o eclesial.

Así Ignacio aconsejará a Pedro Contarini, cuya orientación de fondo de su vida parece la correcta, que oriente sus bienes hacia el servicio divino: «A vos en especial conviene considerar que, si algún bien habéis, por ninguno seáis cogido, por nada temporal poseído, dirigiendo todas las cosas, para servicio de quien las habéis. Porque del que no puede emplearse por entero en lo único que es necesario, propio es poner todo su ser en tener bien ordenadas aquellas muchas cosas varias en que se ocupa»³⁰.

Insiste también en la importancia de la recta intención al referirse a los estudiantes que se hallan preparándose para el apostolado: «Cuando el estudio es puramente ordenado al divino servicio, es harta buena oración»³¹. Y, por comisión de san Ignacio, el secretario Polanco escribe en el mismo sentido: «Cuanto a la intención, todos la querría tuviesen muy recta de buscar la gloria de Dios en su ánima y cuerpo y operaciones todas»³².

Se trata, pues, de una orientación de toda la vida, en todas sus dimensiones y no sólo de modo general, hacia Dios y su Reino. Esta dirección total no es solamente una voluntad, sino una cierta unión de voluntades, una verdadera experiencia espiritual. Baste recordar la petición tantas veces repetida al final de sus cartas de que Dios conceda, a él y a quienes les escribe, el conocimiento y realización de la voluntad de Dios.

3.1.1. Algunas consecuencias prácticas

- No basta una intención general sobre el proyecto de vida o la vocación, hay que orientar a Dios y a su reinado «todas las intenciones acciones y operaciones» en lo particular de la vida personal y en todas sus dimensiones.
- En el cumplimiento de la misión propia hay que atender a lo concreto de prioridades, criterios con los cuales se discierne y actúa, etc.
- Valorar la unidad de vida que se manifiesta en la paz de fondo, en la armonía que reina en las distintas dimensiones de la vida y en las diversas actividades.

3.2. Buscar y amar a Dios en todo

Si la intención recta es la prolongación en la vida del Principio y Fundamento de los Ejercicios Espirituales, el buscar y amar a Dios es la permanencia del fruto de los mismos Ejercicios que cristaliza en la contemplación para alcanzar amor. Esta contemplación corona el proceso de los Ejercicios iniciado de modo ya embrionario en el Principio y Fundamento y éste, a su vez, pone la base del itinerario que culmina en la Contemplación para alcanzar amor. Por esto en la vida ordinaria de una «persona espiritual» la actualización del Principio y Fundamento mantiene continuamente la orientación de la vida entera hacia Dios, con el cual se relaciona según el espíritu de la Contemplación para alcanzar amor con un amor servicial, que a menudo tiene sus resonancias en el corazón de quien así vive.

La búsqueda de Dios en la tradición bíblica tiene muchas expresiones, pero una de las más características es el conocimiento de su voluntad y la adhesión cordial efectiva a ella. Por otro lado, cuando los primeros cristianos, una vez desaparecido Jesús de la vida terrena, se preguntaban cómo seguir manteniendo una relación con el Señor, cómo seguir amándole, la respuesta la hallaron en las palabras de Jesús: «permaneceréis en mi amor si guardáis mis mandamientos... como yo guardo los mandamientos de mi Padre y permanezco en su amor» (Jn 15,10). Por tanto, la intención recta, actualizada en los innumerables actos que comporta, lleva a la experiencia del amor de Dios en la vida: buscarle y amarle. Y ésta es una forma integradora de amar: a él en todas y a todas en él... Así Ignacio consigue, en un esfuerzo de expresión asintótico, formular

lo que sería característico de esta experiencia de Dios en la misma vida: un amor a Dios encarnado y un amor a lo terreno trascendido.

Una feliz expresión de lo mismo la hallamos en el jesuita místico contemporáneo, Egied van Broeckhoven, cuando lamenta nuestros espiritualismos hueros y nuestros encarnacionismos alicortos:

«Si nos atreviéramos a ver verdaderamente lo divino en la eflorescencia de lo humano, amaríamos a los hombres, a nuestros amigos, nuestro trabajo, el arte, etc., con un ímpetu divino, y a Dios con una espontaneidad humana. Pero nos detenemos continuamente en nuestro amor de lo humano por el pretexto del amor a Dios, y en nuestro amor a Dios por el pretexto del amor a los hombres»³³.

En el fondo de esta experiencia de buscar y hallar a Dios en todo está la ruptura de la separación entre lo sagrado y lo profano, fruto de la resurrección Jesús, que es un «sí» a nuestro mundo y a la vida. Como lo anunció Jesús, los verdaderos adoradores no han de recurrir ni a un monte determinado ni encerrarse necesariamente en un templo, sino que guiados por la palabra y la vida de Jesús iluminada e interpretada por el Espíritu, que nos conduce a la verdad completa, pueden encontrar y amar a Dios en todas las cosas, aun con el riesgo que supone a veces la inserción en las realidades sociales cargadas de ambigüedades.

Ignacio era fiel a esta concepción *mundana* del cristianismo, y de ahí el consejo de hallar a Dios en las cosas más corrientes de la vida: «el conversar con alguno, andar, ver, gustar, oír, entender, y en todo lo que hiciéremos»³⁴.

Esta orientación de la vida entera en el amor a Dios informa las horas de cada día y, aunque esta relación con Dios no siempre tendrá el mismo componente afectivo de una relación con una persona cercana y visible, con todo no deja de ser muy real, como Jesús lo dejó asentado. «Como el Padre me ama, yo os he amado. Permaneced en mi amor. Quien me ama guarda los mandamientos» (Jn 15,9-10). En efecto, esta fidelidad en lo cotidiano a la voluntad de Dios en lo propio de la vida de cada uno es una forma de unión con él. Pero puede decirse algo más, cuando se da un cierto grado de conciencia de esta comunión con él, una conciencia que no requiere una reflexión suplementaria, sino una percepción sencilla de alguna presencia o de algún sentimiento que acompaña la fe operante de las obras. Ignacio dirá que a veces con una breve oración esta presencia y compañía se hará más sentida³⁵. Como sostiene Henri Sanson, hay un encuentro con Dios que dimana más bien de la experiencia de la fe y es más cognoscitivo y se da en la oración, y otro encuentro con Dios que dimana de la experiencia del amor y es más afectivo y se da en la acción³⁶.

En el acompañamiento es pues imprescindible dirigir la atención de la persona acompañada a la oración y a la vida interior, pero sin limitarla a los actos de plegaria, sino a la manera de vivir todas las dimensiones de la vida. Porque la vida espiritual, en fidelidad a esta concepción ignaciana, según la CG 31 de la Compañía de Jesús, tiene un carácter integrador de toda la realidad: «Esta vida [espiritual] abarca a todo el hombre y a todas sus actividades, por las que el hombre como cristiano corresponde a todas las

mociones de Dios. No consiste en los solos actos de piedad, antes debe informar y dirigir toda nuestra vida individual y comunitaria, a la vez que todas nuestras relaciones para con las demás personas y realidades»³⁷.

3.2.1. Algunas consecuencias prácticas

- No se halla a Dios simplemente con la intención, sino que se requieren actitudes personales.
- No todas las cosas son mediadoras del encuentro con Dios de la misma manera, sino que se supone un discernimiento y una elección entre ellas.
- Sin embargo, *todas* las cosas pueden ser mediadoras y por tanto hay que superar el espiritualismo.

3.3. Una práctica imprescindible: el examen o la oración sobre la vida

La oración, aunque sea breve, es siempre necesaria y fecunda y, por tanto, Ignacio la supone: «dando el tiempo que las constituciones piden a la oración», dirá él mismo³⁸. Y, Polanco, fiel intérprete del santo, explicará cómo para la persona que busca a Dios en todas las cosas, «causará este buen ejercicio disponiéndonos grandes visitaciones del Señor, aunque sea en una breve oración»³⁹. Sin embargo Nadal afirma, con expresión paradójica y muy ignaciana, que hay que «hallar la oración sin que dependa de la oración o sentimientos precedentes»⁴⁰.

Sin embargo, después de lo que precede se comprende mejor la insistencia de Ignacio, en su vida y en la espiritualidad que enseña, en la importancia del examen, porque es el ejercicio de la lucidez, «de

andar despiertos». Sin este ejercicio cotidiano, que puede practicarse en lugares y de formas variadas, el ideal del encuentro con Dios en la vida resulta prácticamente imposible. En el examen tiene una prioridad total la mirada de fe y acogida cariñosa de la propia vida, que es el primer punto propuesto por Ignacio. Desde la fe, todo lo que hacemos y recibimos es percibido como diafanía de Dios que está presente en nuestras vidas y en todas sus circunstancias. Reconocerlo o agradecerlo es una invitación al amor, en el cual estamos siempre en deuda (cf. Rm 13,8). Lo que dice Ignacio a propósito de la vida como respuesta amorosa, «a Él en todas amando y a todas en Él», se revela y se activa en el examen. Ahora bien, en éste, no sólo se percibe la llamada a la conversión continua, sino que se sienten las mociones y pensamientos que son la base del discernimiento. Por tanto, hablar de examen es hablar de discernimiento.

Sin el discernimiento, el encuentro con Dios es imposible, ya que no se trata simplemente de buscarle, sino de buscarle donde, como y cuando él nos sale al encuentro, puesto que es Dios quien tiene en todo momento la iniciativa de venir a nosotros. Por esto, para Ignacio, el distintivo de la persona espiritual es que sabe regirse por la «discreta caridad», es decir por un amor que muestra su madurez en el discernimiento (cf. Fil 1,8-10). Ni todas las cosas indistintamente conducen a Dios, ni cualquier manera de relacionarme con ellas es ya de por sí una forma de encuentro con Él. Nuevamente aparece la importancia de la atención a «todas cosas particulares»⁴¹.

La persona que acompaña debe, pues, prestar especial atención a que la persona

acompañada no sólo haga el examen, sino sobre todo a cómo lo realiza. Además, el examen será comúnmente lo que ofrecerá la materia de la comunicación en el acompañamiento. El dominio de las reglas de discernimiento de primera y de segunda semana de Ejercicios es necesario, porque incluso las de primera semana resultan de aplicación frecuente dadas las alternancias de la vida espiritual. Sin embargo, en la vida espiritual de las «personas espirituales» tienen una especial relevancia las de segunda semana, puesto que «con mayor discreción», ayudan a un mayor afinamiento espiritual, a un progreso regular en la habitual monotonía de la vida corriente. En concreto, estas reglas son un excelente recurso para descubrir la autenticidad y hondura de los sentimientos y pensamientos que se experimentan, no sólo en la oración, y a estar atentos a la evolución de los pensamientos y pasos que la persona da en la vida personal o en el apostolado. Para este discernimiento conviene saber descubrir las distintas formas que revisten los sentimientos espirituales de consolación y desolación en medio de la vida. (Puede verse el Apéndice).

3.3.1. *Algunas consecuencias prácticas*

- Ayudar a la práctica diaria del examen, base de la comunicación en el acompañamiento.
- Insistir en el punto de partida del examen: acción de gracias, experiencia de reconciliación con Dios y consigo mismo.
- En el examen, no orillar lo anecdótico de cada día, pero situarlo en perspectiva de fe (la presencia amorosa de

Dios, el significado de los hechos, las llamadas que van emergiendo...).

3.4. «Pensar como Dios, no como los hombres...» (cf. Mc 8, 33)

Ahora bien, la forma de vivir que Ignacio propone viene condicionada por esta actitud: «Apartando, cuanto es posible, de sí el amor de todas las criaturas, por ponerle en el Criador dellas, a Él todas amando y a todas en Él»⁴². Con esta formulación se indica una tarea espiritual, que no consiste, obviamente, en dejar de amar, (¡qué absurdo cristiano sería esto!), sino en avanzar hacia aquella síntesis viva o integración que caracteriza la vida cristiana injertada en el Resucitado. Es cierto, sin embargo, que se nos propone un trabajo, un esfuerzo. Siempre con la conciencia de que la ascética en el cristianismo sigue a la mística, ya que sólo se vende todo y se compra el campo, cuando se ha vivido la alegría del encuentro. Pero, habida cuenta de esto se puede afirmar que «el esfuerzo por liberar de afecciones desordenadas es característico del acompañamiento espiritual jesuítico»⁴³.

¿En qué consiste esta tarea? Ignacio lo expresa de formas muy distintas que añaden matices, pero que siempre encierran un contenido positivo.

3.4.1. *Un éxodo*

«Salir del propio amor, querer e interés»⁴⁴. Es el éxodo de la tierra de la esclavitud hacia la tierra de la libertad. Liberarse de un amor frágil y contaminado para que domine en el corazón el amor verdadero, la fuente misma del amor. Liberarse de aquellos criterios y deseos que no son los

de Dios, sino los de los hombres. Buscar los intereses del Reino de Dios.

3.4.2. *Una seducción*

«Que aquel amor que me mueve y me hace elegir la tal cosa, descienda de arriba del amor de Dios»⁴⁵. Es la tarea de liberar el corazón de toda atadura «de abajo» (Cf. Col 3,1-2) para que sea movido por el Amor que ha sido derramado desde lo alto en nuestros corazones.

3.4.3. *Un combate interior*

Mortificación de voluntades y juicios, según la doctrina repetida por Ignacio»⁴⁶. Es la lucha a muerte contra todo lo que en cada uno obstaculiza el imperio de los valores evangélicos en el propio corazón de modo que así la voluntad se adhiera a ellos.

3.4.4. *Integración*

«Apartar el amor de las criaturas y ponerlo en el criador de ellas, a él todas amando y a todas en él». En esta aparente contradicción o afirmación dialéctica se halla la síntesis del amor cristiano, un amor teológico con el cual se ama a Dios y a los her-

manos y hermanas y a todas las cosas orientadas al amor.

Por tanto, la abnegación es el reverso del amor, que nos ha sido dado por el Espíritu que nos habita, pero que o bien está amordazado por el egoísmo, o despararramado por un corazón derramado al exterior, o contagiado por el mundo y necesitado de depuración. La abnegación es el combate de la vida y si tiene una connotación negativa en su expresión, su realidad es tan poco negativa como lo son palabras del estilo de depurar, expurgar, desinfectar, etc.

3.4.5. *Algunas consecuencias prácticas*

- Liberar el amor que ya nos habita... Vivir la abnegación desde la experiencia del amor.
- Centrar la abnegación en los criterios y en la voluntad: pensar como Dios y no contentarse con decir «¡Señor, Señor!».
- Un test de la abnegación cristiana: que sea fuente de armonía interior y de paz profunda y que disponga para unas relaciones humanas sanas, maduras.

4. ALGUNAS ORIENTACIONES CONCRETAS

4.1. **La vida no es homogénea**

El acompañamiento ha de tener en cuenta que la persona acompañada no se halla ya definitivamente instalada en un camino regular y estable de seguimiento y de

fidelidad. Es decir, ha de prever que en la vida espiritual no es raro que haya alternancias de ascenso y descenso. Por esto Ignacio, cuando presupone que un jesuita, o una persona formada, es «persona es-

piritual», también añade que conviene que su superior o su confesor, acompañante diríamos ahora, estén al cabo de su orientación personal de la vida interior y de otras opciones personales⁴⁷. Lo mismo, cuando aconseja buscar a Dios en la vida más que dar mucho tiempo a la oración, también añade «no habiendo necesidad especial por tentaciones, como dije, molestas o peligrosas».

4.2. La oración

Para la espiritualidad ignaciana la oración es de suma importancia, en los Ejercicios Espirituales y fuera de ellos. Pero es de todo punto necesario insistir en el carácter teologal de la oración que, por tanto, arraiga en el corazón. De aquí deriva la necesidad de la abnegación que es purificación y oblación del ser, abnegación de inteligencia y voluntad, como se ha visto ya. Una consecuencia de esta mistagogía de la oración es que no se valora tanto el tiempo dado a ella, cuanto la disposición del corazón. Aunque también es cierto que la actitud teologal, una relación amorosa profunda con Dios, lleva naturalmente a buscar tiempos de oración, como lo muestra la misma experiencia de Ignacio, de Fabro, de Javier, entre otros muchos. Otra característica, importante para mujeres y hombres de hoy, es la gran flexibilidad en comprender las formas de oración. En Ignacio vemos recomendada la oración de contemplación, la misa y comunión, la liturgia de las horas, breves elevaciones del corazón a Dios, etc.

4.3. El fervor y la discreción

La mistagogía de los Ejercicios Espirituales, traducción de la misma experiencia de

Ignacio, conduce a la persona que pide acompañamiento a la tensión creciente hacia la perfección en el seguimiento e imitación de Cristo: «oblaciones de mayor estima y momento», «más amarle y seguirle», tercera manera de humildad. Pero Ignacio, gran guía en la senda de la entrega generosa al Señor, es también maestro de la discreción, entendida como el justo medio, dado que a él mismo le costó largo tiempo aprenderla. Sabemos que yendo hacia Montserrat todavía no tenía discreción para moderar las virtudes y, por esto, a pesar de su gran fervor por poco se lía a sablazos con un moro. Una vez ya al frente de la Compañía tiene que habérselas con los desvíos del fervor de los estudiantes de Portugal y con la desmesura contemplativa de los jesuitas de Gandía. Por esto, por lo que se refiere a mortificaciones corporales, que pueden debilitar la persona y desviar de lo más importante, como el deber del estudio o del apostolado, es muy precavido: «Y cuanto a éstas, parece que no solamente no da espuelas, pero aun tiene el freno»⁴⁸.

4.4. Instruir

La persona que hace acompañamiento espiritual no ha de interferir en la intimidad de la persona acompañada y ha de permitir que el creador se comunique inmediatamente a la criatura. Pero, aparte de la posibilidad, fuera de Ejercicios, de dar consejos, no de presionar, como indica la anotación 15^a, Ignacio piensa que hay que instruir sobre la manera de comportarse, cosa que ya se hace en los mismos Ejercicios Espirituales. Con todo, en la vida corriente es más necesario instruir, dada la gran variedad de situaciones en que se halla cada persona y la cantidad de cir-

cunstancias inéditas que suelen presentarse. En este caso, es patente que se supone en la persona que acompaña no sólo experiencia espiritual, sino unos conocimientos humanos, psicológicos y teológicos y una sabiduría para saber proponer sin condicionar.

Por tanto, cada acompañante ha de ser consciente de si peca por dejar que las cosas vayan por sí solas por miedo al intervencionismo o directivismo o, al revés, si peca por directivismo (con la apariencia de bien de creerse *sólo acompañante*). Y, en este punto, tiene importancia la formación permanente propiamente tal, es decir la reflexión sobre lo vivido y la información para enriquecer los recursos personales.

4.5. Algunos engaños corrientes

A través de las orientaciones ignacianas se van manifestando algunos de los engaños con apariencia de bien más corrientes en la vida espiritual. De aquí la importancia capital de la *exagoreusis*, tan ponderada por los padres y madres del desierto, o sea la manifestación de los pensamientos (*logismoi*), que exige en primer lugar la transparencia ante Dios del mismo acompañante⁴⁹. A modo de ejemplo enumero algunos de estos engaños más corrientes.

4.5.1. Guiarse por la corteza de los hechos

Valorar lo espiritual por la cualidad de determinados actos, por ejemplo la oración, y no por el amor y la gracia que los han de animar. Ya han aparecido algunos casos en los que esto aparece con claridad: los que se refugian en hacer oración en vez de buscar a Dios en todas las cosas, como

en el uso del dinero, en las relaciones familiares o laborales, en el compromiso social o político, en la ética profesional, etc.

4.5.2. Cuantificar la oración

Valorar la oración por el tiempo dedicado a ella más que por la actitud de abnegación. Recordemos el clásico episodio con Nadal que dudaba de poner más oración a los jesuitas de España. Después de la respuesta de Ignacio de que lo que importa es la abnegación, le dice que una persona mortificada saca más fruto de la oración en un cuarto de hora que una persona no abnegada con mucho tiempo de oración⁵⁰.

4.5.3. «Todo es oración»

Con todo, en el extremo contrario, cabe el engaño de refugiarse en el compromiso de la acción para eludir la oración o el del tópico «la acción es oración». Pedro Casaldáliga se define con contundencia en este punto: «La acción es acción, no es oración. La liberación es la liberación, y la oración es la oración... Es cierto que toda acción cristiana realizada en la fe, en ‘estado de oración’, es en algún sentido una vivencia de oración; pero no es equiparable a la oración misma. La caridad es la caridad, el servicio es el servicio, y la oración es la oración»⁵¹. Convendrá, pues, huir del engaño de refugiarse en la acción como excusa cuando se ha perdido la fidelidad a la oración.

4.5.4. Sobrevalorar lo sensible en la experiencia espiritual

La excesiva valoración de lo sensible, del sentimiento, de las lágrimas, de las consolaciones sensibles, del efecto visible de la tarea espiritual o del apostolado, etc. La

experiencia espiritual sólida se funda en la vida teologal, y las lágrimas o consolaciones han de recibirse con gratitud, pero sin poner en ellas el peso. Por tanto, lo que hay que valorar y fomentar son las «verdaderas virtudes y sólidas, agora sea con muchas visitaciones espirituales, agora con menos, procurando andar adelante en la vía del divino servicio»⁵². Además, el apostolado y el progreso del Reino no son siempre verificables de manera sensible o perceptible.

4.5.5. La seducción de los «mitos»

Como en tiempo de Ignacio, también hoy se corre el riesgo de ponderar acríticamente y en exceso modas (personas, corrientes de pensamiento, actividades, hechos espectaculares, etc.) en la Iglesia y de dejarse arrastrar por su impulso. Sobre esto ya habla Ignacio en la regla 12^a para el sentido de Iglesia y Polanco se extiende ampliamente en el tema, al escribir por comisión del santo a Francisco de Borja sobre las exageraciones de algunos jesuitas de Gandía⁵³.

4.5.6. La alienación de lo abstracto y universal

Dios es concreto y, a menudo, se corre el riesgo de moverse en el terreno abstracto o universal de los principios sin considerar las circunstancias muy particulares de las personas, que es el lugar donde Dios nos sale al encuentro. Ya en su relato autobiográfico, cuando Ignacio confiesa que era una alma «ciega», lo explica diciendo

que no tenía atención a las circunstancias⁵⁴. Por esto vemos, cómo el santo, a la hora de instruir en la dirección espiritual es muy consciente del estadio de la vida espiritual, incipiente y proficiente, en que se halla cada persona.

4.5.7. No prestar atención al propio lugar social

La mirada a la realidad ha de ser lo más objetiva posible. «Un error acerca del mundo redundando en error acerca de Dios»⁵⁵. Sin embargo la mirada al mundo siempre está condicionada por el lugar desde donde se la contempla: el ambiente, las ideas, la formación, la situación social o familiar, etc. De aquí la importancia en el discernimiento de superar dichos condicionamientos, empezando por la sospecha sobre la propia objetividad. Desde luego, la oración para implorar un corazón limpio es ya un buen medio. Pero, hay que recurrir a otros medios como el diálogo abierto con personas de otras ideas o culturas, la inserción en el mundo de la pobreza real, experiencias personales de colaboración en acciones sociales, vivir algún modo de pobreza como ayuda al conocimiento de la realidad real de los pobres, que son la mayoría la humanidad. En nuestra sociedad hemos de tomar conciencia de que el mundo es todo lo que no es el primer mundo, la inmensa mayoría de la humanidad. En cualquier caso no olvidar la advertencia machadiana de escuchar a nuestro complementario que es nuestro contrario.

3. CONCLUSIÓN

«Todo esto os lo he dicho para que mi alegría esté en vosotros y vuestra alegría sea completa» (Jn 15,11). El evangelio es un mensaje de gozo y el acompañamiento espiritual en la escuela de Ignacio ha de ayudar a la persona acompañada a profundizar en la fuente del verdadero gozo. Este gozo es la cumbre de los Ejercicios espirituales y es algo inherente a la experiencia cristiana madura. «El Señor quiere que en gozo en Él viváis», le dice Ignacio a Inés Pascual⁵⁶.

Dos caminos de la alegría aparecen en la mistagogía ignaciana: por un lado, la contemplación e identificación plena con el gozo del Resucitado y, por otro lado, el fervor. Respecto de lo primero, en los Ejercicios Espirituales, en el clima de la experiencia de alegría y gozo del Resucitado, el ejercitante es invitado a buscar «cosas motivas a placer, alegría y gozo espiritual»⁵⁷. Todo el itinerario de los Ejercicios es una experiencia integradora de todo el ser y, por tanto, el placer y la alegría espirituales no son meramente interiores o *espirituales*, en el sentido de que no entre en ellos la sensibilidad y otras dimensiones de la persona. Por esto, antes de la cuarta semana, cuando las penitencias ya no forman parte del ejercicio, se procurará la «temperancia y todo medio», después de haber precedido ya las orientaciones para *ordenarse*, no abnegarse, en el comer. Por tanto, para Ignacio, una línea de la vida espiritual es la búsqueda del

placer en la identificación con un Cristo humano y amante de la vida.

La otra pista ignaciana hacia el placer espiritual humano, es la del fervor⁵⁸. «Fervor» es palabra exhumada de la tradición ignaciana por el P. Arrupe, muy encariñado con ella. Y este fervor es para Ignacio otra de las vías que llevan a la verdadera alegría: «en esta vida sentiréis el provecho del fervor santo, no sólo en la perfección de vuestras ánimas, pero aun en el contentamiento de la presente vida», ya que se consigue obrar el bien «fácil y alegremente»⁵⁹. Una tarea de especial importancia en el acompañamiento es, pues, la de guiar a la persona acompañada para que encuentre, en su camino personal y en la fidelidad mantenida, la fuente de un gozo profundo. Es una tarea y un reto en una sociedad muy marcada por el ansia de felicidad y también en buena parte por el hedonismo.

Cuando en lenguaje espiritual clásico se habla de consolación se considera también las lágrimas de dolor, por los pecados, por la pasión de Cristo o por alguna acción cristiana. Cuando Jesús derramaba lágrimas ante el sepulcro de Lázaro o se le removían las entrañas ante la miseria e injusticia que sufría la gente, experimentaba algo muy positivo.

Significado de las consolaciones y desolaciones

Las lágrimas de san Agustín por sus pecados y por haber conocido demasiado tarde el amor de Cristo, las lágrimas de Teresa de Jesús en la contemplación de los dolores de Jesús en su pasión, las lágrimas de Iñigo cuando, bajando de Montserrat, ve que maltratan a un pobre, son verdadera consolación espiritual, ya que expresan unos sentimientos profundamente cristianos y ayudan a quien los experimenta a arraigarse más en la dirección de una vida evangélica, a seguir mejor a Cristo⁶¹. Paralelamente, la llamada desolación no es siempre un sentimiento amargo o doloroso. A menudo puede ser el bienestar de la atonía, de la insensibilidad ante el dolor ajeno, de una *dolce far niente* en la vida. Lo que la define es sobre todo su tendencia a llevarnos en dirección contraria a la del evangelio⁶².

También conviene destacar que la consolación o la desolación no indican un determinado nivel, más alto o más bajo, de vida espiritual, ya que a veces se experimenta la desolación en etapas de gran madurez cristiana, como lo muestran la historia de santos como Teresa del Niño Jesús o la Madre Teresa de Calcuta, atormentadas duramente en su fe en los últimos tiempos de su vida.

Consolaciones y desolaciones en medio de la vida

Conviene hacer una traducción de los distintos sentimientos o mociones espirituales a circunstancias de la vida ordinaria, sin limitarnos a los de la interioridad, como suele hacerse. Veamos algunos ejemplos de consolación a título indicativo:

– Vivir con una cierta connaturalidad la fe y la familiaridad con Dios en

medio de los quehaceres diarios (familia, profesión, descanso, etc.).

– Experimentar unidad en los distintos momentos del día: pasar con facilidad de la oración al trabajo, de la vida individual a la comunitaria, de lo eclesial a lo social, etc.

– Sentir dolor profundo por la exclusión y la injusticia que padecen los pobres.

– Vivir con sentido teologal las distintas dimensiones de la existencia personal: ver las cosas desde la fe, esperar en medio de la desesperanza ambiental, amor cada vez más gratuito y desinteresado y sin acepción de personas.

– Hallarse habitualmente con una alegría y paz profundas, serenas...

En cuanto a las desolaciones, indico estos ejemplos:

– Experimentar oscuridad y falta de sentido en el apostolado, en el compromiso, en la familia, etc.

– Sentir turbación o desazón en el clima eclesial y político envolventes o ante las perspectivas de futuro de la fe o de la familia.

– Hallarse en una inclinación progresiva a pasarlo bien, a compensaciones afectivas no concordes con el evangelio, a apego creciente al dinero, etc.

– Inquietud de fondo al sentir menos el peso de la fe y del evangelio en la vida, con una tendencia a abandonar el estilo de vida evangélico propuesto.

– Desidia y flojera en todo lo que uno hace: trabajo, familia, Iglesia, vida interior, etc.

– Impresión de que Dios está lejos, de que estamos dejados de su mano...

Carta de navegar

El discernimiento es algo personal, ya que Dios nos conoce a cada uno por nuestro nombre y se nos comunica de forma individual e irrepetible. Sin embargo, hay «aires epocales» que pueden constituirse en llamadas o en riesgos comunes en el camino del seguimiento de Cristo en la búsqueda del Reino de Dios. Veamos algunos de estos aires, que soplan en un sentido u otro.

Buena Noticia para los pobres

El evangelio es Buena Noticia para todo el mundo y esto es ya un principio universal para el discernimiento, ya que la Buena Noticia no puede ser amenaza para nadie. Sin embargo, también es cierto que, según el Nuevo Testamento, el mensaje de Jesús y el contenido del seguimiento de Cristo han de ser una Buena Noticia sobre todo para los pobres. Tal vez hoy podría inspirarnos a muchos el ejemplo de Zaqueo, que vivía unas condiciones materiales acomodadas y una posición social privilegiada, y al encontrarse con Jesús se sintió impulsado a practicar con hechos inequívocos la justicia y a compartir generosamente.

La solidaridad, factor religioso

Aún dando por supuesto que la solidaridad es una exigencia de humanidad, la experiencia religiosa cristiana conlleva un nuevo y profundo impulso de solidaridad, ya que es comunión trinitaria, es decir, participación en la misma comunión y

fuelle de comuni3n. La solidaridaa es, pues, un test de la autenticidad de nuestra fe, fundada en el bautismo que es inmersi3n en el misterio trinitario.

La codicia, una idolatría

Una de las raíceas m3s fuertes de la crisis actual ha sido la codicia, como han sostenido muchos an3lisis y comentarios. Y la codicia no es especialidad de nuestra 3poca. Jes3s nos advertía de que el dinero era el adversario de Dios («no se puede servir a Dios y al dinero») y la carta a los Colosenses afirma que «la codicia es una idolatría». Es decir, el dinero y el tener no s3lo son adversarios de Dios sino simplemente los sustitutos de Dios. Sin embargo, la tradici3n cristiana ha puesto el acento en los dos polos de codicia y pobreza de espíritu, para indicar que lo que nos amenaza no es tanto algo exterior a nosotros, el dinero, sino la inclinaci3n no controlada hacia el tener. La historia nos muestra c3mo a menudo han sido pobres los que acaban sent3ndose en las poltro-

nas de los poderosos y explotadores. La espiritualidad ignaciana ha aprendido de los Ejercicios que el derrumbe de la vida cristiana empieza por la «codicia de riquezas».

El individualismo

La inseguridad del futuro, aumentada por la actual situaci3n de crisis, fomenta el que cada uno vaya a lo suyo y debilite el sentido de solidaridaa (se habla de la erosi3n de la solidaridaa), que es la base para la construcci3n de una sociedad verdaderamente humana, y cristiana. La competitividad invade no s3lo el mundo de la empresa y de los negocios, sino el del trabajo, el aprendizaje y los estudios, la cultura. El paso del yo al nosotros no es f3cil y por tanto se esquivoa casi insensiblemente. El realismo, (¡no ser ut3picos!, decide muchas de las opciones que uno toma de modo ordinario... Y todo alimentado por un pragmatismo que s3lo mira a lo inmediato, a lo 3til, a lo verificable. Seaal de alerta: ¡No somos islas!

1. Esta primera parte es reproducción, con alguna ampliación y leves retoques, de mi artículo publicado en el número monográfico, *El acompañamiento espiritual*, Santander, Sal Terrae, septiembre 1997, p. 619-628.
2. Puede verse lo que sigue algo más desarrollado en: Josep M. RAMBLA, *L'acompanyament personal als joves. Vers una vida cristiana adulta*, Delegació Diocesana de Pastoral de Joventut. Arquebisbat de Barcelona, 1996. Dentro de la inmensa bibliografía sobre el tema del acompañamiento espiritual, me limito a citar: A. LOUF, *La grâce peut davantage. L'accompagnement spirituel*, Paris, Desclé de Brouwer, 1992 y Carlos Rafael CABARRÚS, *Cuaderno de Bitácora, para acompañar caminantes. Guía psico-histórico-espiritual*, Bilbao, Desclée de Brouwer, 2000.
3. Sobre este punto: J. M. RAMBLA, *Escoger la vida*, Santander, Sal Terrae, 1993 (octubre), p. 689-700.
4. Baste recordar nombres como Antonio, Evagrio del Ponto, Diadoco de Foticea, Juan Casiano, Benito, Catalina de Siena, Ignacio, Teresa de Jesús, Juan de la Cruz, etc. Para un conocimiento de las raíces cristianas primitivas del acompañamiento espiritual es fundamental la obra de Irenée HAUSHERR, *Direction spirituelle en Orient autrefois*, Roma, Institutum Orientalium Studiorum, 1955.
5. Una obra notable sobre el acompañamiento espiritual en perspectiva psicológica: W. A. BARRY - W. J. CONNOLLY, *La pratique de la direction spirituelle*, Paris, Desclé de Brouwer, 1992. Contiene colaboraciones de calidad y muy prácticas la obra colectiva: C. ALEMANY - J. A. GARCÍA-MONGE (ed.), *Psicología y Ejercicios ignacianos*, 2 volúmenes, Bilbao-Santander, Mensajero-Sal Terrae, 1992.
6. H. BACHT, «Die frümonastischen Grundlagen Ignatianischer Frömmigkeit. Zu einigen Grundbegriffen der Exerziten», *Ignatius von Loyola. Seine geistliche Gestalt und sein Vermächtnis (1556-1956)*, Würzburg, 1956, p. 259-260.
7. «Ignacio, Padre espiritual», *Manresa*, 69 (1997), 19.32.
8. El canon 630:5 prohíbe a los Superiores inducir a los súbditos de cualquier modo a la manifestación de conciencia. Sin embargo la Compañía tiene el privilegio de mantener la obligación de la cuenta de conciencia, condición de un gobierno verdaderamente espiritual. Véase el interesante estudio de P. H. KOLVENBACH, «La cuenta de conciencia», *Manresa*, 79, 2007, p. 183-190.
9. «Ayudará que haya una persona fiel y suficiente que instruya y enseñe cómo se han de haber en lo interior y exterior, y mueva a ello, y lo acuerde, y amorosamente amoneste; a quien todos los que están en probación amen, y a quien recurran en sus tentaciones, y se descubran confiadamente, esperando dél en el Señor nuestro consuelo y ayuda en todo». *Constituciones*, 263.
10. Porque «las personas que se admiten en la Compañía se presupone serán personas espirituales y aprovechadas para correr por la vía de Cristo nuestro Señor... no parece darles otra regla [en lo referente a su vida personal]... sino aquella que la discreta caridad les dictare». Y añade inmediatamente: «con que siempre el confesor [el padre espiritual] y, habiendo dubio en lo que conviene, el Superior, también sea informado». *Constituciones*, 582.
11. Cf. J. STIERLI, «L'art de la direction spirituelle», *Christus*, n1 153, hors série, p. 42-44.
12. Los Ejercicios como experiencia de iniciación. No es la experiencia de la vida corriente, sino un tiempo iniciático para que el ejercitante aprenda prácticamente a abrirse a la acción de Dios para serle dócil. De aquí que son muy directivos en el método, pero absolutamente respetuosos de la libertad en el contenido de la experiencia que se realiza. La formación. Ignacio, en el caso de los jesuitas, supone que una vez terminadas las pruebas propias del

- Noviciado, necesita todavía formación y acompañamiento.
13. El P. Surin distinguía entre directores mundanos, espirituales y divinos. El objetivo que pretenden los primeros es ayudar a hacer una buena confesión y a llevar una buena vida cristiana. El director espiritual trata de suscitar una vida interior en la persona acompañada, mediante la oración, la ascesis y la práctica de las virtudes y propone prácticas espirituales, métodos y exámenes. Acompaña en el progreso ordinario en la vida cristiana y a veces señala algunas exigencias. En relación al tercer tipo, todavía se da un cierto dominio de las observancias y una cierta rigidez. El director divino ayuda a discernir la acción del Espíritu y a serle fiel. No desprecia las prácticas, pero parte de la base de que el Espíritu tiene un camino para cada persona. El ideal es lo que los orientales llaman *sinergia*, que es la colaboración a la acción de Dios en el mundo. En consecuencia, también son distintas las situaciones de las personas acompañadas y es una exigencia evidente de la persona que acompaña discernir el momento o etapa en que se halla. (cf. J LAPLACE, *La liberté dans l'Esprit. Le Guide Spirituel*, Paris, Chalet, 1996, p. 11-14).
 14. STIERLI, p. 46.
 15. Epp. NADAL, V, 833, citado por Piet VAN BREEMEN, p. 363.
 16. *Camino espiritual*, Libro 5, capítulo 9, n. 2. Sobre la conversación ignaciana son muy interesantes: Darío RESTREPO, *Diálogo: Comunicación en el Espíritu*, Bogotá, 1975; Thomas, H. CLANCY, *The Conversational Word of God*, St. Louis, 1978.
 17. *Constituciones*, 134.
 18. *Constituciones*, 414.
 19. *Ejercicios*, 365.
 20. Cf. *Ejercicios*, 15.
 21. FN II 252.
 22. «Formación para la promoción de la justicia», *La Iglesia de hoy y del futuro*, Bilbao-Santander, Mensajero-Sal Terrae, 1982, p. 358.
 23. C. FLIPO, «L'accompagnement spirituel: un enjeu ecclésial», *Christus*, n. 153, Hors série, p. 9.
 24. Cf. *Ejercicios*, 313.
 25. *Ejercicios*, 184; cf. 338.
 26. *Ejercicios*, 233.
 27. BREEMEN, p. 371.
 28. *Ecclesiam suam*, n. 59.
 29. *Constituciones*, 288.
 30. Carta de agosto de 1537: BAC, 2ª ed., p. 632.
 31. Al P. Bartolomé Hernández, BAC, 2ª ed., p. 874.
 32. Al P. Urbano Fernández: BAC, 2ª ed., p. 769.
 33. Josep M. RAMBLA, *Dios, la amistad y los pobres*, Santander, Sal Terrae, 2007, p. 34.
 34. Polanco, por comisión de san Ignacio, a Antonio Brandao (01.06.1551): BAC, 2ª ed, p. 763.
 35. Cf. *Ibid.*
 36. «Se puede estar unido a Dios en la oración y admitir también que se puede *estar* unido a Dios en la acción; pero en cada uno de estos dos casos el tipo de unión es sensiblemente diferente. En el curso de la acción, se puede permanecer unido a Dios según el modo de la fe y según el de la esperanza que son propios del conocimiento y de la oración, pero se puede también *estar* unido a Dios –y percibir la sensación mística de ello– según el modo de la caridad que es propia de la acción. Se puede estar unido a Dios en el cara a cara de la oración y en el codo a codo de la acción» (*Espiritualidad de la vida activa*, Barcelona, Herder, 1964, p. 289-290).
 37. Congregación General 31, decreto 13, n. 5.
 38. Carta a Bartolomé Hernández: BAC, 2ª ed., p. 874.
 39. Carta a Antonio Brandao: BAC, 2ª ed., p. 763.
 40. NADAL, *Monumenta*, IV, 691.
 41. Conviene también notar, que Ignacio siempre supondrá en los jesuitas, y consecuentemente en religiosas y religiosos, que la relación entre el superior y el religioso, forma parte del discernimiento, que nunca es sólo individual, ni aislado de la llamada del Señor a vivir en un proyecto de vida comunitario.
 42. *Constituciones*, 288.
 43. VAN BREEMEN, p. 365. Un testigo de la primera Compañía nos guardó este precioso recuerdo ignaciano: «Lo primero, que yo siempre he deseado que los de la Compañía se ocupen más en hacer que en pensar; y así veréis nuestras Constituciones qué poco tratan de oración; más insisten en la mortificación, humi-

- llación, hospitales, peregrinaciones y obediencia, indiferencia y despegue de todo; lo que dijo Cristo nuestro Señor: *Non omnis qui dicit, Domine, Domine, sed qui fecerit voluntatem Patris mei, intravit in regnum caelorum*» (De una instrucción de san Ignacio a Fabro. Texto visto por el P. Gil González Dávila. Véase: *Pláticas sobre las Reglas de la Compañía de Jesús*, Barcelona, 1964, p. 291).
44. *Ejercicios*, 189.
 45. *Ejercicios*, 184.
 46. Cf. Memorial de Gonçalves da Câmara, nn. 195-196.256.
 47. *Constituciones*, 582.
 48. Carta a Urbano Fernández: BAC, 2ª ed., p. 768.
 49. Cf. Sobre este punto: VAN BREEMEN, p. 365-368.
 50. Y, en el conflicto creado por el grupo de Gandía, que pedía más tiempo de oración en la Compañía, ya que «oración de una o dos horas no es oración», deja bien asentado que no se trata de dedicar muchas horas a la oración, pues entonces las de un día apenas bastarían. «Será bien que se mirase que no sólo se sirve Dios del hombre cuando ora; que, si así fuese, serían cortas, si fuesen la oraciones de menos de 24 horas al día... Pero es así que de otras cosas a tiempos se sirve más que de la oración, y tanto que por ellas la oración huelga él se deje, cuánto más que se abrevie».
 - Polanco a Francisco de Borja por comisión de san Ignacio (julio de 1549): BAC, 2ª ed., p.738.
 51. Pedro CASALDÁLIGA - José Mª VIGIL, *Espiritualidad de la Liberación*, Santander, Sal Terrae, 1992, p. 185-186.
 52. *Constituciones*, 260.
 53. Carta de julio de 1549, BAC 2ª ed., nn. 1-15, p. 723-731.
 54. *Autobiografía*, 14.
 55. San Tomás de Aquino, *Summa contra Gentes*, II, 3.
 56. Carta de 6.12.1525: BAC, 2ª ed., p. 612.
 57. *Ejercicios*, 229, 6ª.
 58. La CG 35, 1: 10 también se hace eco de esta palabra. El fervor es consustancial a una vida humana digna. «El fervor verdadero no divide, sino que une. Y no conduce al fanatismo ni al fundamentalismo. Tal vez algún día el fervor vuelva a nuestras librerías y a nuestras mentes» (Adam ZAGAJEWSKI, *En defensa del fervor*, Barcelona, Acantilado, 2005, p. 34).
 59. Carta a los Padres y Hermanos de Coimbra, 07.05.1547 (carta de la perfección): BAC, 2ª ed., p. 682.
 60. Puede verse: J.M. RAMBLA, *El viento sopla donde quiere (Jn 3,8)*, Santander, Sal Terrae 97(2009), p. 629-641.
 61. *Ejercicios*, 316.
 62. *Ejercicios*, 317.